

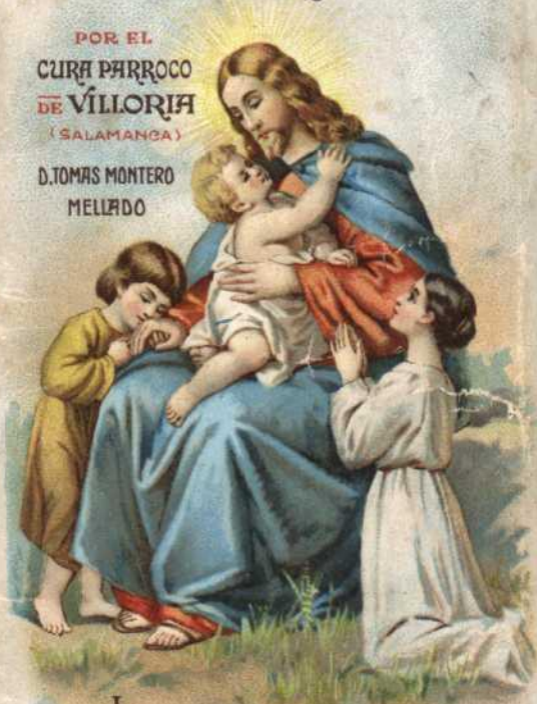
DIALOGOS EN VERSO

PARA LOS NIÑOS

DE LA CAZEQUESIS

POR EL
CURA PARROCO
DE VILLORIA
(SALAMANCA)

D. TOMAS MONTERO
MELLADO



I
PRINCIPALES FESTIVIDADES DEL AÑO
CON LICENCIA E^CC^A

GAZAPO

SALAMANCA

DG

Com

+ 1392923

C.

DIALOGOS EN VERSO

PARA LOS NIÑOS

DE LA

CATEQUESIS

POR

DON TOMÁS MONTERO MELLADO

Cura Párroco de Villorla (Salamanca)



PRINCIPALES FESTIVIDADES DEL AÑO

FASCÍCULO I.



—
Con licencia
—

SALAMANCA

Librería del Sagrado Corazón

Rúa, 5 t.

ES PROPIEDAD

SALAMANCA.—Imprenta Salmanticense

R.17885



S. S. PÍO X

A Vos, Santísimo Padre,
restaurador insigne de las
Catequesis y Párroco de los
párrocos.

El último de todos, os de-
dica este pequeño obsequio,
en vuestro Jubileo Sa-
cerdotal.

Tomás Montero Mellado.



DE PRÓLOGO

A MIS COMPAÑEROS:

Digoos, en verdad, y, á ser preciso, por estas que son cruces os jurara que, al salir á la luz pública este primer engendro de mi pobre inteligencia, y aparecer, por esta causa, mi obscuro nombre al frente de una obra tan desmedrada y flacucha como la que tenéis delante, me encuentro asaz confuso y sobremanera intranquilo: que tiemblo como la hoja en el árbol, mucho más que temblaba—y ya es temblar—en mis buenos tiempos de estudiante cuando, en aquella época felicísima de mi vida, me encontraba frente á frente de la seriedad de aquellos tres señores que, en un momento, habían de resumir, calificándolo, el fruto de todo un año de

continuos desvelos y mentales trabajos.

Porque, si al insigne manco de Lepanto, al publicar su ingeniosísimo «Quijote», «tenía confuso el que diría de él ese supremo tribunal que llaman vulgo;» y el celebrado novelista montañés, nuestro Pereda, esperaba temblando el parecer de los críticos cada vez que publicaba alguna de sus obras meritísimas ¿qué mucho que yo tiemble, en este caso, si de mí puede decirse con harta justicia, «que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina?»

No es, ciertamente, el mérito intrínseco de la obra lo que más la recomienda. Si algo pudiera alegarse, en ese sentido, sería su oportunidad ó, mejor dicho, su necesidad é incontrovertible conveniencia.

Que, con ser tanto y tan bueno

lo que sobre asuntos catequísticos se ha escrito, mayormente en estos últimos tiempos, todavía carecemos los párrocos de una obra que, escrita en versos cadenciosos al par que vulgares y sencillos para que mejor se adapten á la tierna inteligencia y débil memoria de los pequeñuelos, puedan utilizarse como premios y sirvan de amenizar las catequesis, recitándolos, sobre todo en las parroquias de los pueblos.

Siempre busqué con avidez la susodicha obrita; y más que nunca cuando nuestro amadísimo Pontífice, Pío X, secundado por los Prelados de todo el orbe, muy especialmente por los de nuestra querida Patria, y, todavía con más interés y apostólico celo, si cabe, por los dignísimos de esta provincia vallisoletana, urgieron con tan vivísimos ruegos y apremiantes palabras la obligación de explicar á niños y adultos la Doctrina Cristiana.

Hubiera yo encontrado, tras de tanto buscar y rebuscar, la imaginada obrita y, á buen seguro, que

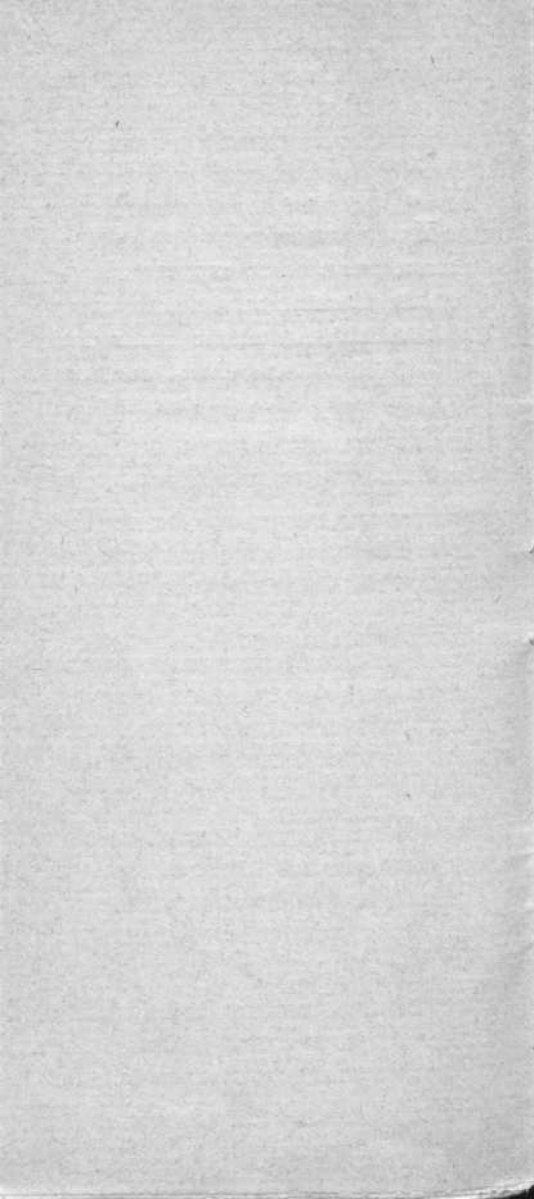
me hubiera ahorrado propios desvelos y ajenas censuras. Por no haber dado con ella tuve el atrevimiento —perdonádmelo— de acometerla, poniéndola yo mismo por obra con el modesto pensar, en un principio, de irla ensayando en mi parroquia.

El resultado de tales ensayos, juntamente con los incesantes ruegos de algunos de vosotros, me movieron después á publicarla. Ví que los niños tomaban con grande interés y aprendían fácilmente mis «Diálogos»; pude notar que no solamente los aprendían los que en ellos tomaban parte, sino que, en fuerza de oírse los recitar en casa, en la calle y en la escuela, los aprendían también los demás niños, aún los más pequeñuelos; observé que, al recitarlos en público, era mayor la asistencia, mayor la atención y más profundo el silencio de mis feligreses en el templo; eché de ver... que el único inconveniente de estas prácticas era la envidia ¡dichosa envidia! de los padres cu-

yos hijos, por unas ú otras razones, no *tenían papel* en el recitado de los «Diálogos.»

Y aquí tenéis, carísimos compañeros, brevemente expuesta, la razón de tamaño atrevimiento, como es indudablemente, haber lanzado á la publicidad esta obrita que, con ser de tan escaso mérito, todavía me atrevo á ofrecérosla, bien persuadido de que, si sabéis apreciar sus muchos defectos, también comprenderéis la buena voluntad de vuestro afectísimo en Cristo.

Tomás Montero Mellado.





LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Niño 1.º—Pasó amiguitos, el día del nacimiento del Niño que vino al mundo á salvarnos de nuestro fiero enemigo el demonio. Yo recuerdo que en este mismo recinto dijeron cosas muy buenas algunos de mis amigos á quienes cupo la suerte de hablar el día veinticinco del mes pasado. Mas yo (que soy algo curiosillo) quisiera saber del caso algo más que no se dijo en la ocasión sobredicha y es conveniente decirlo. No os burléis de mi pregunta; porque algunos sois muy pillos, y os reís de vuestra sombra sin apenas advertirlo. Y estas cosas son muy serias é importantes.

Niño 2.º— ¡Qué chiquillo! Se las hecha de formal y apenas tiene sentido, y habla por quince, lo menos, y enreda por treinta y cinco.

Niño 3.º—¿Pero venis á reñir,
ó venis al Catecismo?
¡Qué costumbre tan odiosa
tenemos todos los niños
de acusarnos mutuamente
y hablar de los defectillos
que vemos, y que no vemos
en amigos y enemigos!
Conque venga la pregunta,
curiosin, y al mar pelillos.

Niño 1.º—Es que yo quería saber
si bautizaron al Niño,
si en el bautizo hubo dulces,
cuartos, confites ó higos.
Y qué nombre le pusieron
y... quienes fueron padrinos;
porque todas estas cosas
son..

Niño 2.º— simplezas de chiquillos.

Niño 3.º—No son simplezas, muchacho.
Porque aquello de los higos,
ó yo mucho me equivoco
ó, á mi corto y pobre juicio,
es candorosa inocencia
propia de todos los niños.
Y que te calles, chicuelo,
cállate ya, envidiosillo;
que esos chistes no están bien
entre los buenos amigos.
Y porque no son simplezas
las preguntas de ese niño,
oid lo que á este propósito
he yo en la escuela aprendido:
Cuando nació el Niño-Dios

no había en el mundo bautizos;
por una razón sencilla,
y es, que el sagrado Bautismo
fué por el mismo Jesús,
con el tiempo, instituido.

Y ya queda dicho el nombre
que pusieron al Dios-Niño.
¿Cuándo? ¿Por quién este nombre
se dió al que era de Dios Hijo?

Vamos por partes. Primero
tened, niños, entendido
que la fiesta de este día
aclara todo lo dicho.

Se llama «Circuncisión»;
ceremonia que, de antiguo,
fué figura muy expresiva
de nuestro Santo Bautismo,
y que se llevaba á efecto
en todo el pueblo judío
á los ocho días cabales
de haber el niño nacido.

Hoy, por cierto hace los años
que el Niño fué circunciso,
poniéndole el dulce Nombre
de Jesús; ¿por qué padrinos?
Por el ángel San Gabriel
cuando de embajador vino
á anunciar del Verbo Eterno
el soberano prodigio
de la Encarnación. La Virgen,
al circuncidarlo, dijo.

«Su nombre será Jesús.»

Mas, notad, amados niños,
que ni la Virgen, ni el Ángel

inventaron por sí mismos
este Nombre, ni pudieron
dar un nombre tan propísimo
á un Ser de tanta excelencia.
Fué el Padre Eterno, queridos,
quien le puso aqúeste nombre
que hemos llamado «dulcísimo»,
porque es el mejor compendio
de las grandezas de Cristo,
Grabémosle en nuestra mente,
Y aumentará, con su brillo,
la luz de la fe cristiana
recibida en el Bautismo.
Después, en el corazón
prestémosle eterno asilo,
para que crezca en nosotros
el fuego de amor divino
que debe arder en el pecho
de los hombres y los niños
que llevan dentro del alma
el sello del cristianismo.
Por fin, en nuestro ser todo
debiera estar esculpido
este emblema prodigioso
de la Religion de Cristo.
Invoquémosle á menudo
con reverencia y cariño;
pronunciémosle amorosos
en los tiempos de peligro.
Y cuando redes nos tienda
nuestro común enemigo,
y vengan sobre nosotros
á miles los infortunios,
veréis como, al dulce Nombre

de Jesús, nuestro Caudillo,
huyen á la desbandada,
disueltos y confundidos,
los poderes del Averno.
Y cesan los maleficios,
y las tentaciones cesan,
y se acaban los peligros
de enfermedades, de muertes,
de miserias y castigos...
y, en fin, de todos los males
que, cual nublados malignos,
descargan á todas horas
sobre las niñas y niños.
Todo, todo desaparece,
todo se muestra propicio
ante el divino conjuro
de aqueste Nombre bendito.





EL MEJOR OBSEQUIO

(para el día de Reyes)

Cualquier niño.—En este día «de los Reyes» me ocurre, chicos, la idea de que el amigo Leopoldo el origen de esta fiesta nos exponga brevemente. Yo creo que lo hará de perlas: ya sabéis que ganó un premio, no ha mucho tiempo, en la escuela por recitar sin un punto aquestas cosas de Iglesia.

Todos.—¡Cuenta, cuenta, Leopoldillo, que te oiremos con agrado!

El aludido.—Gracias por la distinción que yo no merezco, hermanos; pero, si es empeño vuestro el hecho voy á contaros. Os advierto que haya orden y atención; si no, me callo. Pues diz que hace mucho tiempo... (mil novecientos seis años) (1) que nació en Belén un Niño lleno de gracia y encanto: el Niño que los profetas

(1) Fecha en que fue recitado en Villoria.

con tanto tiempo anunciaron,
y los patriarcas, ansiosos,
estaban, con fe, esperando.
No era un niño simplemente,
era el Rey de los cristianos,
era el Dios de las alturas
en la Virgen encarnado.
¡Ues bien, supieron el hecho
tres reyes: los reyes Magos,
y vinieron del Oriente,
por una estrella guiados.
Y, tras larga caminata,
llegaron al pobre establo
donde aquel divino Infante
quiso nacer, humillado.
Postráronse ante sus plantas
y, como á Dios, le adoraron,
ofreciéndole también
valiosísimos regalos.
Diéronle incienso, oro y mirra;
que ¿por qué así le obsequiaron?
Oro por ser rey le dieron;
con el *incienso*, mostraron
que aquél humillado Infante
era el Dios de los cristianos;
y con la *mirra*, los reyes,
que el Niño era también hombre
quisieron patentizarnos.
Y ya no sé más, amigos;
aquí acabó mi relato.
Mas, antes de terminar
me ocurre á mí preguntaros:
¿por qué al Niño de Belén,
cuya imagen hoy besamos,

no hemos de ofrecerle dones
como hicieron los tres Magos?
Tenéis todos la palabra;
decidnos aquí, bien claro,
en alta voz, y uno á uno
con qué queréis obsequiarlo.

Un hortelano.—Cada uno da lo que tiene.

Esto es cosa lisa y llana;
y, pues yo soy hortelano,
le regalaré patatas,
berza, lombarda, escarola...
para una buena ensalada.

Carnicera.—¡Buen tiempo está de escarolas!

¡Buen tiempo está de ensaladas!
Te luciste, hortelanito,
Te luciste, como hay zarzas.
Yo pienso obsequiar al Niño
de una manera más práctica:
le daré dos solomillos,
y cuatro libras de vaca,
siete libras de ternera
y, de la misma, dos patas.

Un salchichero.—¡Anda! Y hablaba del otro,

y ahora con lo que ella salta.
¿No ves que el Niño aún no come?
Eso parece una guasa;
pues las carnes que le ofreces
no duran media semana,
y el Niño no tiene dientes
para poder masticarlas
hasta dentro de unos años.
Conque déjate de patas,
de carne y de solomillos,
yo le regalo .. «matanza»:

Cuatro libras de embutido,
jamones de buenas magras,
lomo en tripa bien curado
que nutre y dura.. ¡caramba!

Un fresquero.—¿Pero no ves lo indigesto
que es todo lo que regalas?
Mejor es el buen besugo,
y las sardinas asadas,
el bonito en escabeche,
y la trucha escabechada.
De todo lo referido
hay gran surtido en mi casa,
de todo daré yo al Niño
una buena tupitaina.

Un labrador.—Pero se ponen, á veces,
muy averiadas esas cosas.
Yo pienso darle dos bueyes,
y dos churritas añejas,
dos fanegas de buen trigo
para que cuando ya coma,
le haga su Madre al momento
papillas y picatostas.
¡Ah! Y acaso, acaso le sirvan
de hacer obras prodigiosas
¡Quién sabe si andando el tiempo,
empleárase mi regalo
para hacer Sagradas Formas!

Un vinatero.—¡Justo, justo! En la harina
para las hostias regalas;
y yo de exquisito vino
le regalo una tinaja
de las que tiene mi padre
en la bodega guardadas.
Pues, según tengo entendido,

pan y vino le hacen falta
para dar á sus Apóstoles
cuando celebre la Pascua.

Un rico.—Creo que no estáis en lo cierto,
amiguitos de mi alma:
Mejor es dar al Dios Niño
una buena talegada
de dinero. Con dinero
lo que se quiere se alcanza.
Voy á decir á mi padre
(que tiene mucho en el arca)
que me dé cuatro mil reales
en monedas de oro y plata,
y se los regalo al Niño.
Veréis como ésto le agrada.

Ganadero.—¡Qué le ha de agradar, tontuelo!
Y si el dinero de España
no pasa allá por su tierra
¿de qué le sirve? De nada.
No pienso como tu piensas
ni como esotros pensaban
ni comer quiere el Dios-Niño
ni dinero le hace falta.
Yo os daré mi parecer
en muy contadas palabras.
¿No veis que hace mucho frío?
¿que caen muy fuertes heladas?
¿que el Niño está desnudito,
reclinado en unas pajas?
Pues es negocio resuelto:
vestirlo es antes que nada.
Tiene mi padre, en el campo,
de ovejas buena piara;
le pido me dé permiso

para cortarles la lana,
y con ella le hago al Niño:
dos mantillas, una manta,
una alfombra para el piso,
y, si el material alcanza,
le hago también, á mi modo,
una pequeñita almohada.

Hija de un sastre.—Pero no reparas hombre...

Leopoldo.—Espérate un poco, Angela.

(interrump.) Creo que ha llegado el momento
de hacer una breve pausa.

Antes de oír lo que tú
y esotros niños regalan,
vamos á ver qué á nosotros
nos dan estas buenas almas.
coge una bandeja, Justo
coge otra bandeja, Juana;
recorred toda la Iglesia,
no dejéis por andar nada;
y gritad alto, muy alto,
«¡Para premios, buenas almas!»

Leopoldo.—Angela tiene otra vez
(terminada la colecta) el uso de la palabra.

La nombrada.—Pero no reparas, hombre,
(decía yo al de la lana)
que el Niño muere de frío
antes que tú hagas la manta?
Mi padre, que es un buen sastre,
te hará al punto una casaca
un chalequito muy fino
y un pantalonín de pana.

Un zapatero.—Pues no está muy mal parlado
lo que ha dicho esa muchacha.
Sólo que á mí parece

que con todo ello no basta.
Porque el Niño irá creciendo
(que el tiempo en balde no pasa)
y necesita zapatos.....
¿quién lo duda? Nada, nada;
diréle al punto á mi padre
que prepare una badana,
y una suela superfina
de la más fina que haya,
y unos zapatitos blancos
voy á regalarle..... ¡vaya!

Una modista.— ¡Pero qué chiquillos éstos,
y qué cosas se le alcanzan!
¿No veis que es muy pequeñito
el Niño de que se trata?
Ahora no viste chaleco,
ni pantalón, ni casaca;
ahora vestirá *de cortos*.
Mi madre que es buena sastra
(quiero decir que es modista
y costurera de fama)
en cuanto yo se lo diga
me enseñará á hacer enaguas,
y peleles de los buenos,
y mediñas encarnadas,
y gorritos con puntillas
con sus tiritas bordadas,
y todo lo que los niños
suelen llevar cuando maman.
Y éste va á ser mi regalo.
¿Parécenos bien, camaradas?

Hojalatera -- No está mal lo que has hablado;
pero escúchame, muchacha:
hemos de ser prevenidos

y mirar el día mañana:
y como no tiene hermanas,
y sus padres son muy pobres,
tendrá que ir á buscar agua
á la fuente de su pueblo,
y traerla hasta su casa.
Pues, para estos menesteres,
se necesita una cántara;
mas de barro pesa mucho
y sus fuerzas son escasas.
Voy á decir á mi padre
que le haga una de hojalata.
Y éste va ser mi regalo,
porque de nada haya falta.

Un mozo de labor.—Pero durarále poco
esa ocupación, hermana:
el Niño cuando sea grande
ya no ha de ir á buscar agua.
Puede muy bien elegir
por oficio, la labranza.
Para mi es cosa resuelta:
mi padre en eso trabaja,
y si un mozo de labor
al Niño le hiciera falta,
yo le ofreceré á mi padre
que en eso nadie le gana.

Un jornalero.— Bueno; pero en este caso,
mozos de labor no bastan:
se precisan jornaleros
para la siega y arada.
Mi padre se pinta solo
para todo eso que hablaba;
pues le ofrezco sus servicios,
y también los de mi hermana;

y yo mismo iré también
recogiendo las manadas
y buscando las espigas
que dejen abandonadas.

Un carpintero.—¡Qué labor, ni qué jornales!
¿Pues no sabéis, almas cándidas,
que el oficio de este Niño
es cosa ya indubitada?
¿No es su padre carpintero?
Pues no hay labranza que valga;
ni para tales oficios
jornaleros hacen falta.
Yo, por tanto le regalo:
dos azuelas, tres destralas,
una sierra, dos cepillos,
y una docena de tablas.

Un veterinario.—En eso de previsiones
no quiero yo ir á la zaga.
Según tengo yo entendido,
dice la Historia Sagrada,
que aqueste divino Infante
hará una larga jornada
en dirección al Egipto
y en una bestia de carga.
Pues bien, unas herraduras
son del todo necesarias
para que la bestezuela,
ni tropiece, ni se caiga.
Ya se las hará mi padre
del mejor hierro que haya.

Guardia civil.—Pues, si á previsiones tocan,
otra cosa es necesaria:
que acompañe al tierno Infante
una pareja de guardias!

para que no le sorprenda
Herodes en la jornada.
Yo avisaré en el Cuartel
(donde tengo vara alta)
é irá mi padre con otro,
vestidos de grande gala,
con máuser sobre los hombros
y al cinto sendas espadas.
Esta, Leopoldo, es mi ofrenda.
Espero que has de aceptarla.

Leopoldo.— Bien habéis hablado todos;
vuestra intención es muy buena.
Pero ¿cuál será el obsequio
que más el Niño apetezca?

El hortelano.— ¡La escarola!

El salchichero.— ¡La matanza!

El vinatero.— ¡El buen vino!

La carnicera.— ¡La ternera!

El labrador.— ¡Las churritas!

El acaudalado.— ¡El dinero!

La sastra.— ¡El traje de pana buena!

El zapatero.— ¡Los zapatos!

La modista.— ¡Los peleles!

El ganadero.— ¡La lana de mis ovejas!

La hojalatera.— ¡El cántaro!

El veterinario.— ¡No; el herraje!

El guardia.— ¡La escolta es mejor ofrenda!

El mozo de labor.— ¡El mozo!

El jornalero.— ¡No; el jornalero!

El carpintero.— ¡Un escoplo y una azuela!

El fresquero.— ¡No, no; mejor quiere el Niño
merluza y sardinas frescas!

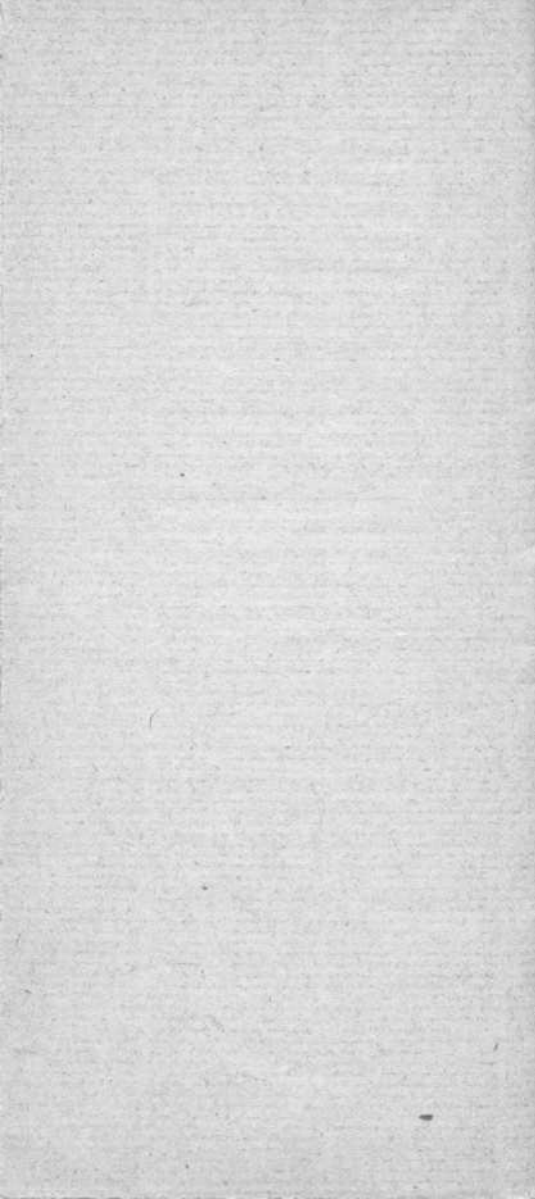
Leopoldo.— Calma, muchachos, más calma;
y á ver si nos entendemos.

Todos habéis procurado
obsequiar al pequeñuelo.
Vuestra intención está vista;
es muy buena, sí por cierto;
pero ninguno habéis dado
con el obsequio más bueno,
ni lo que habéis prometido
os es, acaso, hacedero.

¿Queréis que yo, en dos palabras,
la discusión resumiendo,
en el caso aquí tratado
os exponga mi criterio?

Todos.—¿Pues no lo hemos de querer,
si sabes más que un maestro?

Leopoldo.—Ofrezcamos al Dios-Niño
nuestros corazones tiernos;
aprendamos su Doctrina,
siguiendo siempre su ejemplo,
y..... no lo dudéis, amigos,
Este es el mejor obsequio.





LA PURIFICACIÓN

Niña 1.^a—Supongo, amiguitas mías,
que oiriais Misa esta mañana
atenta y devotamente,
cual Dios y la Iglesia mandan.
Si así lo hicisteis, sospecho,
y aún de fijo asegurara
que llamó vuestra atención
la ceremonia sagrada
que, en la Misa de este día,
aquí ponemos en práctica,
respetando una costumbre
tan loable como santa.
Lo primero, el Señor Cura
se viste de grande gala,
y bendice las candelas
en el altar preparadas.
Después las va repartiendo
á los que en el pueblo mandan:
alcalde, juez, concejales... ..
hasta que aquellas se acaban.
Luego principia la Misa,
á toda orquesta cantada;
y, al llegar al Ofertorio,
la Virgen, llevada en andas,

se acerca al altar mayor,
y ofrece: vela rizada,
dos palomas y una *rosca*
que atrae todas las miradas
por lo grande, por lo fina,
y por lo bien adornada.....
¿Podéis, acaso, decirme
(pues yo de esto ni palabra
entiendo) qué significa
la fiesta de esta mañana?

Niña 2.^a—¿Pero, chica, no lo entiendes?

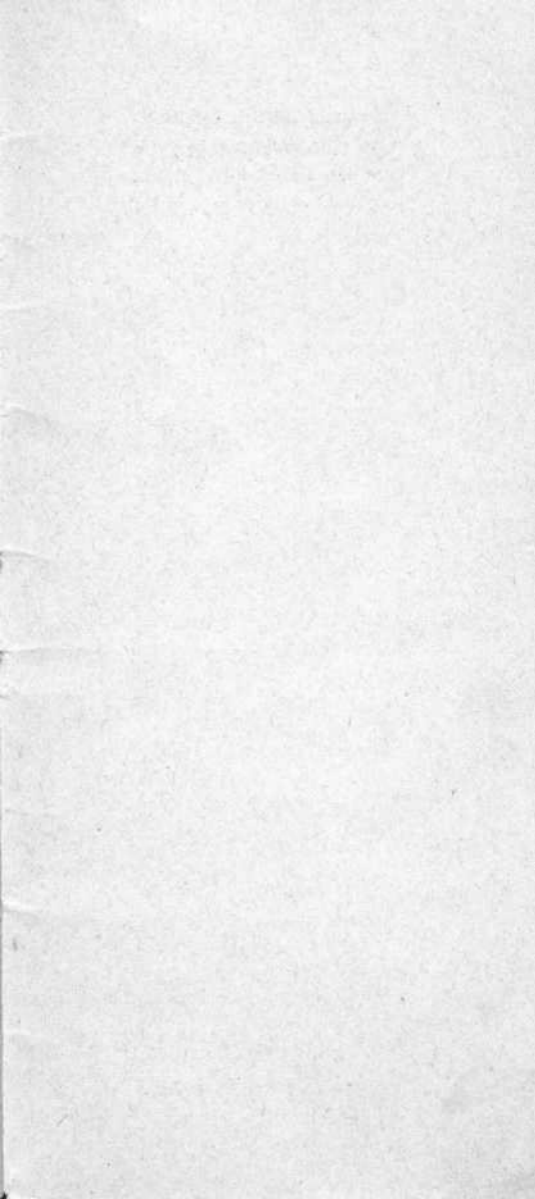
La cosa es clara, muy clara;
yo de velas ni palomas
no entiendo tampoco nada.
De dulces... ya es otra cosa,
escucha bien mis palabras:
el bollo maimón ó rosca
tan grande y tan adornada
es para que el Señor cura
esta tarde la reparta
entre los niños y niñas
que al Catecismo no faltan.
¡Yo ya me estoy relamiendo
con la parte que me aguarda!

Niña 3.^a—¡Qué ocurrencia de chiquilla!

¡La explicación tiene gracia!
Yo os diré, en breves razones,
lo que en esto se me alcanza.
Las velas que hoy se bendicen
y arden en tanta abundancia,
son de la Luz que el Dios-Niño
trajo al mundo, semejanza.
Mas, la ofrenda de la Virgen
no se explica en dos palabras;

necesita, amigos míos,
una explicación más amplia.
Según la Ley de Moisés
las mujeres que á luz daban
debían acercarse al templo
para ser purificadas,
y ofrecer al Dios del cielo
el fruto de sus entrañas.
Ni á la Virgen, que era Pura
y concebida sin mancha,
ni al Hijo, autor del mandato,
estas leyes obligaban;
pero quisieron cumplirlas
para ejemplo de esas almas
que hasta las leyes que obligan
se atreven á conculcarlas.
Y en este divino ejemplo
está, á mi juicio, fundada
la costumbre tan piadosa
que las mujeres casadas
tienen de «salir á Misa»,
para dar á Dios las gracias
del feliz alumbramiento,
y su ayuda soberana
pedirla, para educar
al fruto de sus entrañas.
Notadlo bien, compañeras:
nuestras madres son cristianas,
y cuando apenas contábamos
de cuatro á cinco semanas,
nos trajeron en sus brazos;
y aquí, ante el ara santa,
nos ofrecieron á Cristo,
y oraron por nuestras almas.

¡Qué se cumplan las ofertas!
¡Qué se atiendan sus plegarias!
Que nunca nos robe el mundo
lo que ya es de Dios..... ¡el alma!





LIBRERIA
DEL
SAGRADO CORAZÓN
RUA 51
SALAMANCA

CENTRO DE PROPAGANDA CATÓLICA
CORRESPONSAL
DE LAS MEJORES CASAS DEL MUNDO.